

VIDA CULTURAL BURGALESA



Como inicio y pórtico del ciclo de conferencias culturales, organizadas por la «Escuela Castellana de Investigaciones Históricas, Santo Domingo de Guzmán», disertó, con fecha 24 del pasado abril, en los salones del Círculo de la Unión, la Profesora Sra. Martínez Abelenda, distinguida y erudita colaboradora de nuestro Boletín corporativo.

El tema, noble tema en verdad, elegido por la distinguida y erudita disertante, respondía al título de «Bellos rincones y paisajes burgaleses», y en estricta justicia, habrá que confesar que, sería difícil, muy difícil, explanar tan justiciero y a la vez sugestivo contenido, con más acierto, pulcritud de palabra y dominio del asunto a tratar como supo llevarlo a feliz conclusión, esta tan culta como juvenil figura de mujer.

Tras de rendir, en sus primeras frases, recuerdo emocionado y justiciero a los ya extintos burgaleses ilustres, que quisieron y supieron consagrar su afán y su cultura al meritorio empeño de dar a conocer la Historia, la Geografía y el Arte burgaleses, entra de lleno en el asunto de su disertación para dolerse, en acertadas frases, de esos manidos e inverecundos tópicos que se complacen en poner de relieve la fealdad y la monotonía del burgalés paisaje, haciendo cita imparcial y exacta de aquellos escritores que la injuriaron y no la conocieron, así como también de los que, justicieros, supieron verla, comprenderla y amarla. En frases sencillas y felices, nos pinta la belleza de sus variados y rientes valles, muchos de ellos, como el de Valdivielso, regados por el Ebro, al cual valle compara a un canastillo de flores, cuando en primavera expande la orgía de luz y de colores que le prestan sus almendros y cerezos en flor, en contraste con el de Frías, de características dispares y aun opuestas, con su enriscada torre y su agreste paisaje.

Con palabra flúida y cadenciosa, va describiendo los contrastes y encantos de todas sus regiones; la imponente belleza de esa angosta entrada hacia Castilla, que es Pancorvo, con su ingente peñasco, trabajado por la lucha secular del agua contra él; las bellezas más posadas y

en calma de las otras regiones burgalesas, para terminar su viaje espiritual, con un hermoso canto a Burgos capital, «tierra feraz y alegre, con valles que el norte envidiaría, y mesetas engalanadas muchas de ellas con prados; tierra que aman los hombres y bendicen las aves».

Los que ya encanecimos en esta noble empresa de alabar y dar a conocer lo mucho y bueno que Burgos y su amplia provincia encierran y atesoran, tanto de lo tangible como de lo espiritual y eterno, hemos de ver, con real complacencia, la aparición en tan noble palestra, de voces juveniles, que con preparación cultural y con cariño hacia este duro pero fecundo terruño en que nacieron, rompen su lanza, hoy en ristre y bravía, con un canto inspirado y amable, que es ofrenda cordial a la verdad y al arte.

Mil plácemes merece la Escuela Castellana, Santo Domingo de Guzmán», por este su loable y cultural empeño, y así mismo, un parabién sincero, que gozosos la ofrendamos aquí, a la Sra. Martínez Abellanda, que confirma con esta su bella y documentada charla, las buenas impresiones que sus anteriores actuaciones y estudios habían ya causado en nuestro ánimo.

Cordial enhorabuena, y que ella le sirva de incentivo para continuar laborando y aun superándose en estas nobles lides.

I. G.^a R.

como Obispo de Burgos, calidad esta hasta el día ignorada, ya que la presencia de este Pedro, como jerarca de la sede burgense, durante el trienio 1300 1303, escapó aun a la pacienzuda investigación de historiadores tan sagaces como el agustino Enrique Flórez, y como a éste, a la del concienzudo rebuscador del archivo de nuestra Catedral, que fué Martínez Sanz. Así pues, la feliz e inteligente investigación del Sr. Mansilla Reoyo, supo llevar a evidente culminación, en este orden de cosas, una grata efemérides que enriquece el Episcopologio de nuestra Catedral con el nombre y la buena memoria de un Obispo más.

Pero donde realmente el estudio de nuevo Numerario culmina y se engrandece, es al dibujarnos con pinceladas sobrias, pero precisas todo el valor espiritual y contextura moral de aquel hasta el día ignorado Obispo burgalés, castellano neto, y como tal, noble, leal, generoso e inmovible ante las presiones del odio o del soborno. Su actuación felicísima ante Bonifacio VIII, de quien fué Referendario, consejero leal y amigo íntimo, prestó a Castilla, y aun a la España toda del medievo, el servicio impagable en lo humano, de llegar a conseguir de aquel Pontífice, ciertamente nada acomodaticio, la validación del matrimonio y consiguiente legitimación de la prole engendrada en la unión conyugal de Sancho IV el Bravo y D.^a María de Molina, recia y señera figura de mujer y de madre. Tal legitimación acalló multitud de turbias e inconfesables ambiciones, permitió a Fernando IV ascender, con todo honor, a la doble monarquía de Castilla y León y evitó a la España de entonces, enredarse entre las redes de una lucha fratricida y cruel, que hubiese ocasionado la ruina de la nación entera. Por esta su gestión patriótica, generosa y de fruto magnífico, bien merece el Cardenal Obispo burgalés el homenaje justiciero y recio de la historia.

Aleccionador y valiosísimo, como fehaciente testimonio del mundo del medievo, es el otro episodio en el que Petrus Hispanus fué víctima propicia del maquiavelismo (del que aun antes de nacer Maquiavelo, hubo siempre perfectos arquetipos, por tierras italianas), del ambicioso y desaprensivo Cardenal Napoleón Orsini. En este drama de penosa secuela, que provoco el cisma de Aviñón y precipitó a la cristiandad en una segunda cautividad de Babilonia, tocó al obispo de Burgos el papel, a la vez, de actor y víctima inocente, pero toda su turbia trayectoria no pudo proyectar sobre la buena memoria de este hombre benemérito, ni la más leve sombra de traición o ambiciones bastardas.

Muchas otras consideraciones traen a los puntos de nuestra torpe pluma, la muy documentada y docta lección de nuestro compañero, pero el espacio apremia, y es preciso cortar. Baste, pues, con decir como epílogo, que el ya nuevo Académico, fué contestado en nombre de la

Corporación por el Numerario P. José M.^a Ibero, S. J., quien llevando nuestra voz y representación, dió el parabién al nuevo compañero, glosando, además, en elocuentes párrafos, no sólo la significación y alcance del discurso leído, sino también la personalidad y los merecimientos que en el orden de la cultura y la investigación avaloran la personalidad del docto prebendado, a quien este modesto cronista y compañero, ofrenda complacido, un testimonio cordial de admiración y afecto. ¡Ad multos annos!

I. G.^a R.

ACTUACION CULTURAL

**Conferencia del M. I. Sr. D. Elías Martínez Ruiz, Canónigo de Bilbao
Catedrático de Filosofía y Profesor del Seminario.**

12 de marzo de 1956

Sobre *La mentalidad de las sociedades tradicionales y la crisis del historicismo*. Tema actual, que pone sobre el tapete la significación misma de la Historia en el momento presente de nuestra cultura.

La Historia, dijo el conferenciante, y ahí está el significativo título de la obra de Ortega y Gasset, HISTORIA COMO SISTEMA, pretende ofrecernos la genuina interpretación de la realidad entera, dándonos al propio tiempo el verdadero sentido de la vida humana, y señalando dirección y normas para nuestras acciones.

Esta exaltación desmedida de la Historia corre desde Hegel hasta Heidegger, y es común al marxismo, al existencialismo y a las diversas formas de historicismo. Todas estas corrientes asientan como tesis fundamental, que solo tiene valor la espontaneidad creadora, el acontecimiento histórico, la decisión de la libertad personal en cada momento. El hombre histórico se hace así mismo y hace la Historia; lo trascendente, lo trashistórico de la vida humana, el plan divino en la Historia, todo orden de valores anclado en Dios le es rehusado; solo le pertenece lo que crea su propia y personal libertad.

Semejante supervaloración del tiempo y de la Historia compromete a las ciencias del espíritu, y en vez de remediar la crisis originada por el predominio de la ciencia físico matemática y la tecnocracia, la agrava, y empuja al hombre hacia la desesperación.

Para la crítica de esta mentalidad histórica el conferenciante la enfrentó con la mentalidad de las sociedades tradicionales, donde, a la inversa del historicismo, se le prohíbe al hombre toda iniciativa propia, y solo se valora la reiteración de las gestas de los aborígenes, tutelados por los dioses, que deben ser siempre imitadas por nosotros. Y como nuestros actos personales desvían la Historia, por eso deben ser periódicamente abolidos, mediante los ritos de la regeneración anual de comienzo y fin de año, y a través de éste, mediante la regeneración constante del ciclo lunar y de las estaciones.

Con estos ritos el hombre retorna al Gran Tiempo, al originario, al mítico de los héroes aborígenes, asistiendo así constantemente a la cosmogénesis o génesis del mundo, y a la antropogénesis o génesis del hombre. Solo hubo un tiempo creador, el de los orígenes, cuando los dioses y los hombres realizaron el orden del mundo e inventaron lo necesario para la vida. Aquel fué el único momento histórico y creador; a él se trasladaba constantemente el hombre arcáico mediante el rito, la imitación y la repetición. Y lo que decimos del Gran Tiempo, deberemos decirlo también del Gran Espacio, el cual imitan los elementos, las ciudades, los templos y las casas.

El hombre sale a la Historia con los primeros Imperios, y entra en el pensamiento con la Filosofía griega. Es una ruptura con el mundo mítico, que sin embargo sobrevive todavía en el eterno retorno de aquella Filosofía, en la repetición de los arquetipos platónicos, en las esencias perennes de Aristóteles, con las cuales el mundo se puebla de esencias, pero no de seres individuales, ni de acontecimientos singulares.

Allí el Gran Espacio es el cielo de los astros, con movimiento perfecto, del cual dependen las causas y efectos del mundo sublunar, y los mismos actos humanos. De ahí el destino, la *moira* de los griegos, el *fatum*, la *Rita* de los indúes, el *Tao* de los chinos, que encubren el futuro a la conciencia humana, y cierran a la historia el prospectivismo. La Historia se integra solo de presentes cerrados sobre sí mismos, sin novedad; porque sin futuro no hay novedad.

Este destino, por un lado, reduce a nada las decisiones personales, mas por otro lado, uniendo el acontecer humano con algo trashistórico, vigoriza al hombre para arrostrar el terror de la Historia sin suicidarse ni desesperar; a cambio, eso sí, de su anulación, o por lo menos de su alienación, o entrega total a otro.

El descubrimiento verdadero del valor del hombre es obra del cristianismo, y se centra en el mayor hecho de la Historia, la Encarnación del Verbo. El pueblo de Israel había valorado ya este hecho; su historia se regía no por el eterno retorno a lo ancestral, sino por su

prospección a lo futuro, según los vaticinios de los Profetas; su vida tiene significado propio, y sus acontecimientos son situaciones nuevas del pueblo ante Javé.

La Encarnación es un hecho único, irreversible, que trae un nuevo orden y confiere nueva vida a la humanidad. El hombre es por ella otro hombre; la revelación es para él, generatriz de razón y generatriz de experiencia. Marcel ha dicho profundamente que la Filosofía cristiana es la meditación de las implicaciones y consecuencias de todo orden, contenidas en el hecho único de la Encarnación.

Efectivamente, el valor del tiempo y de la persona humana se deben al cristianismo; la Europa cristiana heredó de la Biblia la conciencia histórica; por eso Europa vive su historia de cara a lo futuro, con sentido prospectivista; de ahí su diferencia esencial con los pueblos no cristianos. Ahora bien, esa conciencia prospectivista es una conciencia escatológica. El cristianismo ha traído consigo lo definitivo; él es la juventud perenne del mundo; pretender rebasarle es peligroso. La legítima diferenciación de esferas: la filosófica, la política, etc., y su razonable autonomía, se tornan ilegítimas a fuerza de querer ser independientes, para llegar por fin a emancipar de Dios la naturaleza, la persona y la cultura, en nombre de un cristianismo racionalista, secularizado, fruto del idealismo alemán.

Suprimida la diferencia cualitativa entre Dios y lo finito, como hace el panteísmo, volvemos a la circulación sagrada del cosmos, a la religiosidad elemental del paganismo, que nada tiene que ver con la religiosidad cristiana, fundada en la revelación. Para San Agustín y para Bossuet, la Historia es el desenvolvimiento del reino de Dios; para Hegel, es el despliegue y la realización de Dios mismo. Con eso la libertad personal queda tan comprometida como en la mentalidad antigua. Pero como la persona, y su destino, y su drama no se dejan manipular por categorías lógicas, ni ahogar, ni suprimir, tenía que explotar contra el racionalismo, el idealismo y toda clase de panteísmo. Nietzsche, en aquel grito suyo de ¡Dios ha muerto!, creyó barrido el cristianismo. Pero entonces no le queda al hombre más que la soledad consigo mismo y su desnuda existencia; el acontecimiento histórico y su libertad para hacerse así mismo haciendo la historia. Tal es la situación actual, que recogen el historicismo y el existencialismo.

Y sin nada trashistórico a que referir los acontecimientos y la vida, ¿cómo conjurar el terror de la Historia, la desdicha que la envuelve, el mal ligado a la acción del hombre? El historicismo no tiene con qué consolar al desgraciado, y suple su penuria elevando la desesperación a suprema virtud y suprema forma de conocimiento. Pero ese remedio

no lo es para el que sufre; el historicismo no puede detener los suicidios colectivos; el hombre histórico de hoy se ve más desasistido que el antiguo para no sucumbir al mal y a la desgracia.

Por fortuna, el Cristianismo, hoy como ayer, sale al encuentro del hombre, para ofrecerle la única solución aceptable, y si ayer nos liberó de la alienación del mito, enseñándonos el valor de la libertad personal y del tiempo, hoy nos muestra la eternidad como meta del tiempo, y nos descubre de una vez al hombre y a Dios, la libertad humana y la providencia Divina, en la síntesis armoniosa de la Encarnación del Verbo. Y esa es la verdadera solución a la crisis del hombre de hoy y de todos los tiempos; porque solo se puede abandonar el mundo de los arquetipos y del retorno, sobre la base de una libertad, que no excluye, sino que postula, la fe en Dios.

La Institución Fernán González se honra con haber ofrecido su autorizada tribuna al ilustre filósofo, y le envía por mi modesta pluma un sentido y cordial parabién.

M. M. B.

BIBLIOGRAFIA

MARTINEZ BURGOS, MATIAS.—«Guía turística de Burgos y su provincia». 300 pgs., con numerosísimos fotograbados.—Editorial Hijos de Santiago Rodríguez. Burgos. 1956.

Tenemos, sobre nuestra mesa de trabajo, este nuevo, bellissimo y pulcramente editado libro de Matías Martínez Burgos, de personalidad tan recia y acusada, dentro y fuera de Burgos, en estas bellas lides del espíritu, que baste con decir, que nuestro compañero, ha volcado con amor, y prendido en los primores de una prosa galana y magistral, todo el acervo amplio y profundo de sus conocimientos sobre este relicario de pétreas bellezas que son nuestra capital y provincia, para que quede así bien contrastado el enorme valor, no sólo informativo, sino también histórico y artístico del libro que enjuiciamos, libro que desde luego relega a un muy segundo término a cuantas publicaciones análogas, vieron hasta hoy la luz.

Ciertamente que el texto, denso, magistral y bellamente expresivo de la «Guía Turística», prende en los puntos de nuestra pluma, tal copia de opiniones, comentarios y juicios que, fácil, muy fácil nos sería redactar hoy amplia y bien ganada nota bibliográfica, pero son tantas y tan viejas la comunidad de aficiones y lazos del espíritu, que al querido compañero nos unen, que para salir de antemano al paso de cualquier malicioso, que pudiese encontrar en nuestro elogio, más ofrenda amistososa que juicio fiel y exacto, queremos en pos de este breve y justiciero párrafo, hablar con voz ajena, dando cabida en estas nuestras páginas, al ecuánime y meritísimo juicio bibliográfico crítico que sobre el libro y su significado, vió la luz en las columnas del colega local «Diario de Burgos», juicio que dice así:

«Harto acusada la personalidad de don Matías Martínez Burgos como ilustre filólogo, historiador e investigador notable y literato de mucho mérito, sobra toda referencia a su erudición para ponderar el

valor de su obra «Guía turística de Burgos», recién aparecida en una excelente publicación de la centenaria y prestigiosa casa editorial burgalesa «Hijos de Santiago Rodríguez». Sin embargo, todas esas magníficas condiciones del autor resplandecen en un trabajo que no vacilamos en calificar de admirabilísimo y que, sin que nuestra afirmación suponga establecer comparaciones, merece ser considerado como un completo acierto dentro de su característica. Guías de Burgos abundan. Las hay excelentes, buenas y peores, pero, precisamente, la abundancia en los motivos y la variadísima complejidad y riqueza de los principales hace que el enfoque de aquellas varíe. Unas veces, con quizá excesiva atención a ciertos detalles (en detrimento de la extensión de la obra) hasta el punto de que más bien pueda considerárselas como estudios parciales; en otras ocasiones, con tanto afán erudito que rebasan los límites de lo que una «guía» debe ser, para convertirse en auténticos tratados arqueológicos e históricos; finalmente, tampoco falta la que—con criterio totalmente opuesto—busca en la ligereza remedio a la limitación y, se desgrana en relaciones de tipo casi «noticiero», con referencias fáciles y atrevidas licencias de escaso valor..., o la que se malogra en el artificio de una literatura obsesiva...

La «Guía turística de Burgos» que comentamos reúne en grado admirable las condiciones que nos parecen necesarias. Es amplia, es concreta, es precisa. Lo mucho que nuestra ciudad puede ofrecer al visitante está recogido, sin que se omita nada importante; con fidelidad absoluta y rigor magistral. Datos útiles, imprescindibles para admirar lo que los ojos ven, evitando toda fatigosa prolijidad. Y dentro de una escrupulosa y logradísima metodización que acredita la talla del autor. Quien con la nueva «Guía» de Martínez Burgos recorra la Cabeza de Castilla puede estar seguro de calar hondo en su perfecto conocimiento. Por otra parte, el estilo expositivo es sobrio, conciso, exacto, elegante, tejido en un castellano bellísimo,

Comienza D. Matías Martínez Burgos su trabajo con un a modo de prólogo, para trazar breve panorama histórico de la ciudad. Incluye a seguido un esquema cronológico de artistas insignes y de sus obras en Burgos, capital y provincia, iniciando su empresa guiadora por la Catedral—que lógicamente merece máximo detenimiento—para seguir con otras iglesias parroquiales y conventuales dignas de figurar en toda referencia arqueológica, monumentos civiles, casas señoriales, centros de cultura, establecimientos benéficos y otros motivos de mérito histórico y artístico. Hay atención para los principales testimonios de gloria pretérita—y presente—que la provincia atesora y donde el detenimiento pudiera forzar los límites de una obra como la lograda por el autor, se

añade referencia sucinta—nuevo exponente de sabia medida—de lugares y puntos no merecedores de olvido.

Magnífica y docta aportación a nuestra rica bibliografía, la «Guía turística de Burgos» de don Matías Martínez Burgos se avalora con profusión de documentos fotográficos—Vadillo, Photo Club y Fede—que completan la eficacia de su utilidad.

De la edición sólo elogios cabe hacer. Trescientas páginas en papel couché, impresión pulcra y cuidadísima, encuadernación en tela y presentación lujosa, es un nuevo orgullo para «Hijos de Santiago Rodríguez». Y un nuevo prestigio para Burgos.

La aparición de esta «Guía» merece ser acogida con todo júbilo y así la saludamos. Jubilosamente, seguros de su éxito».

Aquilatado, pues, con pluma ajena, el valor y significación cultural de la nueva y magnífica obra de nuestro compañero, y haciendo nuestros, como igualmente hacemos cuantos elogios se tributan a su presentación material, cuidada y exquisita, cual desde muy antiguo, nos tiene acostumbrados la meritoria y burgalesa editorial que la ha patrocinado, vaya como cierre y compendio de nuestras breves líneas; en primer término la felicitación corporativa de esta Institución Fernán González, que una vez más acepta como propio el triunfo merecido de este su ilustre miembro, y, segundo, la nuestra bien cordial y efusiva, tributada al eruditísimo e incansable compañero, que en cada nueva obra esmalta de nuevas perfecciones, los primores de su prosa, como pocas, castiza y elegante.

I. G.^a R.

RUIZ PEÑA, JUAN.—«Memorias de Mamburno». Madrid. Insula - 1956.

Otro querido compañero de Academia, Juan Ruiz Peña, hombre del Sur, enamorado de esta recia y austera meseta de Castilla, la tierra de sus hijos, acaba de dar a la publicidad este bello e interesante libro, en el que se funden, en noble maridaje, la agudeza sutil de una filosofía, por regla general, amable y comprensiva, y cuando más, muy levemente hiriente, con las exquisiteces de una bella y florida dicción, que no en vano, el autor es ante todo poeta, y de altos vuelos.

Cuán bellas evocaciones han sabido arrancar—quizá por la insoslayable fuerza del contraste—a este andaluz, alegre y decidor, la austeridad cuajada y permanente de estos tipos y tierras burgalesas. Qué

finas ironías han puesto entre los puntos de su pluma, la pobreza espiritual de algunos de los tipos, breve y magníficamente esculpidos, cual el de «Salivilla». Con qué delectación espiritual, y aún física, se ha empapado este hombre que vió la luz bajo cielos radiantes, en su incesante y prometedor deambular por todos los rincones de la vieja ciudad y su provincia, del encanto sutil, austero, quieto, pero no triste de la tierra y el alma castellana; pues como él mismo dice: poseen los poetas un don verbal que fascina al que lee, proyectando en su imaginación cuadros llenos de vida, de luz y de color, y por ello, Ruiz Peña, nos da a paladear aun a los que nacimos y vivimos muchos lustros en Burgos, aspectos, rincones, sentires y nostalgias que, hasta hoy, enmohecida quizá por la rutina, nuestra capacidad cognoscitiva, no supimos captar o valorar en todos sus quilates.

Al igual que el libro, que enjuiciamos en la nota anterior, «Memorias de Mambruno» es obra, bella obra, de un hombre de esta casa, de uno de los nuestros, y por ello, ahora como antes, cierro aquí este breve pero sentido pórtico, que es ofrenda y saludo a un querido colega, trayendo a estas páginas los sendos juicios críticos que los colegas locales «Diario de Burgos» y «La Voz de Castilla», escribieron en honor y saludo del libro que enjuiciamos, y que dicen así:

De *La Voz de Castilla*:

Un breve tomo con la tinta fresca ha quedado sobre la mesa. Se intitula: «Memorias de Mambruno», escrito por Juan Ruiz Peña, andaluz, vecindado en Castilla, amigo cordial, poeta entrañable. El libro tiene una dedicatoria: «Escrito en amor y loor de un Burgos universal». Y con la dedicatoria acompaña un abrazo. Hemos leído el libro, degustando en cada página la sensación íntima del redescubrimiento de nuestra ciudad supeditada al mágico conjuro de un sin fin de interpretaciones. El libro es vario en su contenido y alternando la captación dificultosa del ambiente burgalés, con definiciones exactas, sentencias breves que incitan a la meditación y los relatos sencillos de «Salivilla», de «Roñaviva», de «Caincete», escrito mojando la pluma en la clara tinta de la sinceridad.

Juan Ruiz Peña ha escrito su libro bajo el peso de ese alma gótica que ronda a esta ciudad que ama. Le baila el alma de felicidad al callejear por la ciudad, al atisbo de las puertas bajas de las pescaderías de la calle de San Lorenzo, la soledad de la calle del Tinte, que tiñe un sol débil con un blancor casi amarillento, el rumor del tiempo ido en la estrechez del callejón de Santa Gadea, los soportales humosos y el tufillo a taberna de la Llana de Adentro, el verdor penumbroso de San

Pedro de la Fuente, la seriedad inconfundible de la calle de Miranda, la ruda y rozada piedra del convento de Santa Clara, el austero y herboso convento de Santa Dorotea y la roja ceniza de la catedral al atardecer. Después, en su recorrido por la provincia, se recreará con la maderosa vertical del chopo, con el azul austero del páramo, con las calles de barro seco y caliente, con la tremenda blancura desoladora de la nieve y el temblor del agua del río en el verdor cobrizo.

Así ha visto Burgos la sombra de Mambruno, «que vaga por los rincones ocultos de la ciudad, soñador paseante de calles, plazas y rincones». Habrá que releer estas «Memorias» en otra tarde cualquiera, a esa hora melancólica en que es algo pronto para encender una lámpara y ya un poco tarde para percibir la línea fija y clara de los objetos que nos circundan.

De *Diario de Burgos*:

Acaba de ver la luz este nuevo volumen del catedrático de Literatura de nuestro Instituto de Enseñanza Media, D. Juan Ruiz Peña.

Firma familiar de nuestros lectores, para los cuales, incluso, ha tenido la gentileza de ofrecer en estas columnas, algunos fragmentos de sus «Memorias de Mambruno», sería vano pretender descubrir a Ruiz Peña, poeta de altos vuelos, prosista pulcro y elegante.

Mas fuerza será señalar, sin embargo, como este nuevo libro suyo presenta una doble característica digna de ser subrayada. Es, por una parte, el fruto brillante de una pluma que sirve el ingenio y la sensibilidad de un espíritu reciamente formado y que ha alcanzado esa cima difícil en que se conjugan la personalidad de un estilo propio y la finura y la agudeza de un filósofo cuyas observaciones descubren matices y reacciones anímicas de elevado cuño con las cuales nuestro corazón palpita al unísono. Y todo dicho con galanura de estilo, con esa sencillez cautivadora que es madre de la mejor literatura, sin rebuscamientos pero consiguiendo una belleza de imágenes que es cual limpio cristal a través del cual queda reflejada el alma misma del autor.

Mas, si en este orden de cosas ya resulta suficientemente grato dar cuenta de la aparición de las «Memorias de Mambruno», he aquí que para nosotros, los burgaleses, presentan otro perfil no menos interesante. Es el libro, desde el principio al fin, lo mismo en las recortadas siluetas de días casi en blanco que en la amplia gama de exaltaciones líricas de los demás apuntes sobre rincones, monumentos, calles y recintos de la ciudad y de sus pueblos, igual en la delicada finura de sus cuentecillos que en los fragmentos o pinceladas sobre el río, las alamedas o la nieve, la ofrenda purísima, enternecedora, de un alma andaluza

que ha calado hondamente en el espíritu y en la psicología burgalesa, de un hombre del Sur, enamorado de esta Castilla milenaria, de este nuestro amado Burgos.

En todas sus páginas la nueva obra de Ruiz Peña revela, una vez más, en qué grado, con cuanta profundidad admira y quiere a Burgos, que ya anteriormente supo inspirarle bellísimas composiciones poéticas. Y quizá, quizá, si bien aquellas páginas, de verso florido y pletórico de expresión, fueron testimonio reiterado de su personalidad literaria como vate ilustre, este libro suyo encierre un valor aun más acusado, consideradas las «Memorias de Mambruno» desde aquí, en el doble aspecto antes aludido.

Juan Ruiz Peña, dilecto colaborador nuestro, obtendrá con este su nuevo libro el éxito que merece y por el cual, de antemano, le felicitamos. A la vez que nos congratulemos de que, en forma tan delicada y bella, haya sabido cantar a nuestra tierra, a través de las páginas de unas «Memorias» cuya lectura resulta no solo agradable sino altamente sugestiva.

I. G.^a R.

ESTADÍSTICA DE LAS ARCAS DE MISERICORDIA DE LA DIOCESIS DE BURGOS, por el Dr. D. Luciano Huidobro y Serna, Cronista de la provincia y Archivista diocesano. Burgos, 1956.

El gran investigador histórico D. Luciano Huidobro, Cronista de nuestra provincia y Archivista diocesano, acaba de regalarnos con un fruto más entre los muchos y sabrosos de sus eficaces rebuscas. Es la compilación estadística de las Arcas de Misericordia, que la caridad cristiana, practicando una obra de misericordia corporal, diseminó por la diócesis de Burgos desde fines del siglo XV hasta casi nuestros días, y que, siendo como eran floraciones piadosas, biotadas del amor al prójimo, recomendación encarecida de Jesucristo y de la Religión Católica, no podían menos de estar sometidas en su establecimiento y en su conservación al celo vigilante de la iglesia.

La autoridad eclesiástica de la diócesis de Burgos tomó efectivamente a su cargo inspeccionar estas fundaciones en sus visitas periódicas; y es justamente la relación oportuna de aquellas visitas, custodiada en el archivo diocesano, quien ha deparado al Sr. Huidobro esta veraz estadística de las Arcas de misericordia, con datos de sus fundadores, de sus fondos, de su recta o descuidada administración, es decir, de su nacimiento y desarrollo.

Ejemplar fué en todo tiempo el ejercicio social de la caridad cristiana, o siquiera de la mutua ayuda humana, en las muchas necesidades que saltean al hombre, y cuyo remedio cabalmente es el estímulo natural que nos impulsa a la convivencia con nuestros semejantes, para que, por obra de todos, con el menor quebranto de la libertad e independencia de cada uno, puedan aquellas necesidades o conjurarse, o corregirse. Hoy que los tiempos son tan ferozmente estatistas contra ley natural, el recuerdo de tan noble ejercicio de virtud cristiana o humana, debiera sernos advertencia aleccionadora y reproche correccional.

El Sr. Huidobro, al sacar a luz estas instituciones de tiempos mas razonables, no sólo ha merecido bien de la Historia, memorial de lo pasado, sino que ha merecido mejor de la Historia, luz y guía de lo futuro, abriendo un camino, y presentando un ejemplo, que ojalá fuera recogido por los que tienen a su cargo el régimen y la dirección de los pueblos.

M. M. B.

MANSILLA REOYO, DEMETRIO.—«El Archivo Capitular de la Catedral de Burgos». - Publicaciones del Seminario Metropolitano de Burgos. - 127 páginas, más 6 láminas. - Burgos, 1956.

Nuestro erudito y culto compañero de Academia, acaba de dar a la publicidad, como fruto ejemplar y completo de su actuación directiva, en el Archivo Catedral Buralés, una breve pero muy aleccionadora «Guía» de este acervo precioso de documentación medieval que tanto contribuyó y ha de seguir contribuyendo al circunstanciado y recto conocimiento de la densa historia de la Ciudad del Caput.

Comienza este su instructivo trabajo, haciendo un relato ordenado del proceso formativo de esta ingente masa de documentación, con merecida y especial mención de los más destacados obreros de aquella admirable y ejemplar empresa de organización, cuales fueron el Canónigo D. Pedro Sotovela y sus auxiliares Sres. D. Enrique de Porras y D. Francisco Fernández, merced a cuyos denodados esfuerzos, quedaba terminada la colosal faena en 1785.

Los Indices e Inventarios antiguos, son breve pero ordenadamente estudiados en el Capítulo II, haciéndose relación circunstanciada de hasta 32; al paso que en el III, y principal de la obra, se van estudiando con plausible detalle hasta 163 volúmenes, que encierran entre sus viejos folios, lo más valioso y fehaciente de la historia magnífica de nuestra Catedral, y aun de la ciudad toda.

El capítulo IV, realiza un estudio sumario de alguno de entre los varios archivillos que nuestro Templo Metropolitano encierra, ya que como es sabido, diversas capillas merecieron como insignes patronos a miembros de la más linajuda nobleza, que tuvieron a gala dejar huella eficiente de su paso y valía, en el ejercicio de aquella honrosa y meritosa hegemonía. Entre éstos, merecen muy especial mención los correspondientes a las capillas de la Visitación, Presentación y Condestable.

Hermosean esta publicación seis valiosos fotograbados, muestras de algunos de los más interesantes documentos conservados, y le sirve de cierre un detallado índice onomástico.

Cordial y ganada enhorabuena al Sr. Mansilla, por esta nueva prueba de laboriosidad, animándole a seguir adelante hasta conseguir la completa organización de este inestimable tesoro espiritual.

I. G.^a R.

UNA GRAN VERSION DEL POEMA DEL CID

He aquí el fruto más granado y provechoso de las pasadas conmemoraciones cidianas. En un volumen sobria y pulcramente presentado por la Editorial Aldecoa, nos brinda D. Matías Martínez Burgos su propia versión, en el lenguaje usual de hoy, a todos asequible, del «Cantar de Mío Cid». Otras ha habido más lejanas o más próximas en el tiempo, de intencionalidad pareja, aunque de diferentes medios resolutivos, con lo que podemos atribuir a ésta que comentamos una particular y fundamental virtud, no lograda en ninguna de aquéllas. Porque en el pensamiento del señor Martínez Burgos no se trataba únicamente de ofrecer la relación versificada de las empresas de Rodrigo, según las cantara en su día el anónimo juglar. Eso ya estaba hecho, e incluso magníficamente hecho, por plumas muy calificadas. De lo que ahora se trataba era de transmitir al lector de hoy las esencias íntegras del «Cantar», sin deformaciones atrevidas de su verdadera naturaleza ni más cambio en su contextura literaria que el indispensable para la exacta comprensión del texto primitivo. Queda éste, pues, conforme al propósito de su ilustre adaptador actual, respetuosamente conservado en sus excelencias nativas, pero también en sus imperfecciones de forma, que al no ser eliminadas por inoportunos afeites, contribuyen a que la creación del poeta no pierda un ápice de su añejo y gustoso sabor.

Quiere ello decir que la labor del señor Martínez Burgos, con amorosa paciencia y estudiada minuciosidad realizada, ha consistido en ver-

ter literalmente al castellano de nuestros días el lenguaje arcaico en que el «Cantar» se compuso. Claro es que esta versión literal de que se habla hay que entenderla con discreción, ya que, a veces, ha sido obligado refundir ciertas frases, palabras o giros en formas modernas, cuyo ajustado sentido se ha basado en la interpretación de la más alta autoridad en la materia: la de don Ramón Menéndez Pidal, de quien se ha tenido constantemente a la vista, para la resolución de casos dudosos, su edición del Poema de Mio Cid en «Clásicos Castellanos» y su Vocabulario de la edición extensa del «Cantar». Igualmente conserva la versión del señor Martínez Burgos la irregularidad métrica de la redacción original, cosa enteramente razonable pretendiéndose, como se pretendía, dar la más fiel impresión posible de lo que es el primer monumento, en orden cronológico y en valor artístico, de nuestra épica nacional.

Los plácemes que al benemérito trabajo de don Matías Martínez Burgos son debidos corresponden también en buena parte al Excelentísimo Ayuntamiento de Burgos, que ha patrocinado, con exacto concepto de sus obligaciones morales, la edición de aquél y ha echado sobre si la carga económica correspondiente. Mas pensemos si termina aqui la misión que a la entidad municipal incumbe en cuanto se refiere al enaltecimiento de la enorme personalidad de Rodrigo Díaz y a la propagación del libro en que esa personalidad se refleja con verídicos y geniales rasgos. Un día fué declarada obligatoria para las escuelas de la nación la lectura de otro libro inmortal: «Don Quijote de la Mancha». Trabajar por el logro de una estimación análoga al Poema del Cid no sería tarea desmesurada ni impropia para la Corporación que a tan buen fin llevó las fiestas conmemorativas. Pero, entre tanto, una difusión más popular del Poema, un anhelo de que llegue a todos los Centros de cultura, poniéndolo al alcance de todas las manos, multiplicando por diez, por ciento, el número de los ejemplares editados ahora, y todo esto sin desmayos ni temerosas cicaterías, habría de resultar indudablemente un empeño digno, grande y merecedor de toda suerte de elogios.

JULIAN LIZONDO

MEMORABLES INSTITUCIONES BURGALÉASAS. La Cofradía o Hermandad de los Trece.—Trabajo publicado en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», 1956, por D. Ismael García Rámila.

El estudio se divide en dos partes. En la primera trata de la vida de la institución hasta su desaparición; en la segunda, en amplias notas,

trata de los principales cofrades pertenecientes a la primera nobleza de la ciudad.

El autor, asiduo visitante del archivo local del Cuerpo de notarios y de los principales de Madrid, completa ahora mucho de lo publicado por el y otros sobre genealogía e instituciones religiosas y benéficas, a base de archivos provinciales, y nos regala en el boletín citado un trabajo interesante por su novedad sobre una fundación poco conocida, que viene a sumarse a otra de carácter benéfico-cultural, con el nombre de «La Creazón», atribuida por la tradición al gran conde Fernán González, que ha subsistido como la primera hasta el siglo XIX. Tal es la cofradía de los Trece Caballeros, fundada para dar culto a la Santísima Virgen en el misterio de su gloriosa Asunción a los cielos en la iglesia próxima al palacio del fundador, llamada Nuestra Señora de Viejarrúa.

Al estudiar la regla nos descubre la tradición relacionada con la construcción del puente de San Pablo por los dichos caballeros, asignando a cada uno un arco de las trece, que en un principio tuvo dicho puente, separándose en esto de la extendida creencia que la atribuía a una cofradía establecida en la iglesia conventual que le dió nombre.

Refiere la confirmación de la Cofradía por Felipe II y enumera e ilustra el origen de muchos de sus cofrades a través de los siglos, des cubriendo su ascendencia, sus señoríos, ordenes de caballería a que pertenecieron, cargos que desempeñaron en la ciudad, y fija la situación de la iglesia en el antiguo cementerio y la fecha en que comenzó la construcción del puente a mediados del siglo XIII, enumerando las vicisitudes porque ha pasado hasta el día de hoy.

En las notas trata de muchas estirpes de abolengo burgalés, suministrándonos abundantes datos genealógicos de primera mano, muy de apreciar, y brinda al Ayuntamiento de la ciudad la publicación de las obras históricas descriptivas de la urbe, debidas a Fr. Alonso de Venero y Fr. Melchor Prieto.

L. H. y S.

MARIA CRUZ DE LA PEÑA MARAZUELA - PILAR LEON TELLO.
«Inventario del Archivo de los Duques de Frías. I Casa de Velasco».—La Dirección general de Archivos y Bibliotecas y Casa de los Duques de Frías. Madrid, 1955.

Se ha escrito con razón que la historia de España estaba por rehacer en muchos aspectos y períodos del mayor interés, así que, cuando se publican libros como éste, que da noticias de los más importantes

personajes de la Casa de Velasco, entroncada con la real de Castilla, que dió condestables al reino, alguno considerado como visorrey (don Pedro Fernández de Velasco), a la que van unidos desde su creación el condado de Haro y el ducado de Frías, ha de sentir singular complacencia, todo historiador, máxime si estudia la historia de esta provincia de Burgos, al repasar sus 542 páginas en folio, llenas de datos y noticias desconocidas hasta el presente.

Para realizar la obra se ha hecho una total reorganización y clasificación de fondos, que durante la guerra de liberación fueron depositados en el Archivo Histórico Nacional, y en orden a la sistematización se ha seguido la clasificación tradicional de archivos: señoríos, documentos personales y generales.

1. Los señoríos eran veintiuno, de los cuales los más primitivos son burgaleses: Belorado, Briviesca, Burgos, Cerezo, marquesado de Cilleruelo de Bezana, ducado de Frías, Medina de Pomar, Salas de los Infantes, condado de Salazar de Amaya, Santo Domingo de Silos, Villadiego y Villarías.

2. Los documentos personales desde los antecesores de don Pedro Fernández de Velasco, XV Duque de Frías.

3. Los documentos generales, como censos, etc. y los índices.

En cuanto a las fichas, se ha seguido la práctica moderna, dedicando menor atención a los documentos de carácter administrativo.

Completa este Inventario un árbol genealógico de la Casa de Velasco, índices de personas, geográfico y de materias, con alguna bibliografía referente al contenido de la obra.

Como se observa tiene carácter familiar y nacional, por lo cual la decisión del señor Duque de publicarlo es de un alto valor y estima, pues facilita el aprovechamiento de toda su riqueza histórica como fuente de investigación de los fondos que su archivo encierra.

Está instalado en el castillo de Montemayor, en Aguilar (Córdoba), restaurado por dicho señor, que tiene el proyecto de publicar un segundo inventario de la documentación que por no referirse a la casa de Velasco, se incluye en este volumen, aun cuando ofrece indudable importancia histórica, como los archivos de todas las grandes casas.

L. H. y S.